

píritu. Fué el intérprete armonioso de las esperanzas destrozadas, de la fé perdida, de los ensueños desvanecidos, de la melancólica poesía de los recuerdos. Y el breton divino contagió a su siglo con su céltica tristeza!

MANUEL DOMÍNGUEZ

(Revista de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad de La Plata, La Plata, República Argentina).

## Comentarios fugaces

EL artículo del Dr. Cosme de la Torriente en el último número del admirable REPERTORIO AMERICANO, da idea de uno de los criterios que habría sido conveniente expresar a propósito de la presencia de Costa Rica en la Liga de las Naciones. Pero la lectura de los periódicos nada logra encontrar que descubra, si no es por excepción milagrosa, la preocupación de encarar problemas como ese con el interés y la preparación que demandan. Y el país viene a quedar fuera de la Liga de las Naciones y esto a nadie preocupa. El sentimiento general suele satisfacerse, cuando se trata de problemas como ese, con las opiniones que revelan un exclusivismo ridículamente provinciano. En cambio, las puerilidades del vecindario, llamadas pomposamente problemas políticos o problemas municipales, por ejemplo, consiguen atraer, a través de la información y del comentario periodísticos, toda la atención del público.

La Liga parece ser por ahora, en mucho, un organismo cuya vida se supedita fácilmente a los convencionalismos del dogma burgués y diplomático de la anteguerra. Pero, no obstante, encarna aspiraciones y reserva posibilidades que justifican el interés de la mayor parte de los países y de tantos hombres eminentes en la vida de la institución. Tal interés bastaría, por cierto, a determinar la permanencia de Costa Rica en la Liga, — lo que, además, no le impondría esfuerzos pecuniarios mayores que los que la nación suele malgastar en empresas estériles o, lo que es peor, funestas.

Pero resulta que lo que le parece digno de una labor devota a un hombre eminente de Europa, a un Bergson, por ejemplo, viene a parecerle digno de menosprecio a un menudo diputado de una de nuestras aldeas.

\* \*

Nuestros estudios de internacionalismo atraen ciertamente a los jóvenes que hacen aprendizaje de leyes, pero no ofrecen, de ordinario, sino la oportunidad de una preparación rutinaria y superficial, que no consigue afrontar los problemas de la actualidad en todas sus complejas perspectivas. Este internacionalismo sin sociología, no pasa de ser retórica leguleya con la visión tradicional y burocrática de dos únicas cuestiones: panamericanismo y doctrina de Monroe. De ahí no salimos, no obstante que tal internacionalismo ha fracasado ruidosamente en Europa, donde el diplomático, sin el técnico, sin el experto, sin la comprensión vasta de las diversas actividades sociales, sin el sentido idealista de una misión hu-

mana, ha venido a quedar reservado para los papeles de mero ceremonial. Y valdría la pena que tanto estudiante apto como las aulas de colegio y universitarias revelan, encontrarse los caminos—reservados por lo común a la audacia—de adquirir una más elevada preparación en el tratamiento de los grandes problemas nacionales, internos y externos.

\* \*

Otro artículo del REPERTORIO que da pie a reflexiones oportunas es el de Arturo Torres Rioseco relativo al Gobierno militar de Chile. Nos parece que alude a nuestro país en más de una ocasión, puesto que menciona males comunes a estos países. Pero, sobre todo nos parece que alude a nuestro país cuando recuerda la mediocridad del parlamentarismo chileno.

El descrédito del parlamentarismo es, en realidad, mundial, desde hace mucho tiempo. Y el de estos países, dado lo que vemos, y lo que declaran con frecuencia hombres libres y capaces de los países hispanoamericanos,—es de los que más eficazmente contribuyen a difundir el descrédito. Sin embargo, mientras no surja la fórmula conducente a reemplazar el parlamentarismo por un sistema evidentemente superior, todo esfuerzo encaminado a tratar de mejorarlo parece asumir el carácter de un deber imperioso.

La discusión de un problema de verdadera importancia en nuestros congresos, se hace generalmente de un modo que da tristeza o vergüenza. Leguleyismo y nada más: tal suele ser el plano en que se realiza la mayoría de los debates, cuando por rara excepción, no aparece el leguleyismo infestado de politiquería aldeana. La visión amplísima, superior, el estudio hondo, el criterio científico, la concepción moderna, el impulso vigorosamente altruista,—todo esto es, las más de las veces, flor incógnita dentro de las órbitas que las discusiones abarcan.

De ahí que nuestro parlamentarismo se convierta con admirable plasticidad en el mejor campo de cultivo de las ambiciones politicantes. La producción de personalidades del tipo del león de la política que pinta Torres Rioseco, encuentra allí el ambiente más propicio.

Un nombre brillante, un capital, un lucido don de gentes, un poco de retórica desgastada y el conocimiento casuista de la letra de la ley, dan origen a un grande hombre con mayores probabilidades de éxito que si lo creara Plutarco. Con poco más, se hace un Presidente de la República. La preparación del hombre, la obra civil que lo acredite, el ideal que represente,—todo esto sobra, mejor dicho, estorba. La mediocridad excluye esos valores o los rebaja a su nivel.

Lo grave es que de allí resulte que para la opinión resignada de la mayoría, el Congreso no venga a ser, al cabo, sino la ficha más importante en el ajedrez de las elecciones presidenciales.

Si la juventud soñara con dar una batalla, una de las batallas decisivas del progreso, la batalla contra la mediocridad parlamentaria podría ser una de sus loables aspiraciones.

EL PASAJERO.

San José, febrero, 1925.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica